

Prólogo

Novísimas pugnas de la gleba

Armando Bartra

Las pugnas de la gleba se titula el libro donde el tipógrafo Rosendo Salazar dio cuenta de los combates obreros de principios del siglo xx. Hoy se acabaron los tipógrafos y la lucha de clases ya no es lo que antes era. En 100 años casi todo ha cambiado, pero los trabajadores siguen penando y repelando. De su terca resistencia, de las renovadas pugnas de la gleba, se ocupan los diez ensayos del presente libro.

Globalización es la clave. Un mundo de informática y comunicación instantánea donde los especuladores del capital virtual lucran por la red y la mega industria segmenta y desperdiga la producción en busca de mano de obra desechable y permiso para ensuciar. Un planeta donde la codicia del gran dinero privatiza biodiversidad y códigos genéticos. Una esfera donde transnacional mata gobierno.

También la resistencia se mundializa. Anarquistas y socialistas decimonónicos preconizaron el internacionalismo de un proletariado globalizado por la voracidad del capital. Hoy la transnacionalización es experiencia cotidiana de todos los trabajadores. De los que migran y los que se quedan a laborar por cuenta de multinacionales. Y con ello mudan los actores, los conflictos y sus ámbitos; mudan las alianzas, las reglas de negociación, las formas de organizarse, las tácticas de lucha.

En México, globalidad es Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Que no es toda nuestra mundialización perversa pero sí su paradigma. Un acuerdo que pretende acabar con los restos de la agricultura básica y generalizó el modelo maquilador de industrialización. Apuesta por el norte que abismó disparidad y pobreza, desatando incontenibles éxodos septentrionales. Estrategia de modernización donde perdimos del todo soberanía laboral y soberanía alimentaria. Y un país que no puede dar empleo y comida a su población está de rodillas.

Van dos décadas extrovertidas de crecimiento casi nulo. Años donde no se creó riqueza nueva pero sí fortunas vertiginosas, embarcadas de la única forma posible cuando no hay real expansión: haciendo más pobres a los pobres y robando. Desfalcos; quiebras fraudulentas; créditos cruzados; evasión fiscal; privatizaciones irregulares; contratos gubernamentales inflados; “rescates” bancarios, carreteros, azucareros... Economía de la rapiña en beneficio de una burguesía cleptómana que desfondó las arcas gubernamentales y endrogó como nunca a la nación.

Veinte años en el túnel enseñan a moverse en la oscuridad. Los damnificados de las políticas de ajuste, de la apertura y desregulación, de la conversión productiva; aguantan lo duro y lo tupido, soportan, resisten; pero también animan experiencias logradas, laboratorios societarios que prefiguran otro mundo posible.

Los ensayos de este libro documentan luchas de resistencia, propuestas consistentes y alentadora construcción de alternativas. Algunos son movimientos reactivos más o menos exitosos: ciudadanos del municipio de Guadalcázar, en San Luis Potosí, que frenaron el intento de establecer un basurero tóxico; la Organización de Campesinos Ecológicos de la Sierra de Petatlán y Coyuca de Catalán, en la Costa Grande de Guerrero, que frenó el saqueo desenfrenado de sus bosques; una controversia presentada por “denuncia popular” que echó para atrás el leonino contrato de bioprospección establecido entre la UNAM y Diversa; la oposición del Consejo de Médicos Parteras Indígenas Tradicionales de Chiapas, que permitió suspender la extracción de plantas amparada por un convenio con el Colegio de la Frontera Sur y Georgia Molecular Nature Limited; el cuestionamiento de la patente de Larry Proctor sobre el frijol amarillo mexicano, que impedía a la Asociación de Agricultores del Río Fuerte vender sus cosechas a empresas norteamericanas.

Dan testimonio también, de organizaciones gremiales con propuesta, interlocución y derecho de picaporte en las instituciones públicas: la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras, que reivindica los intereses de los pequeños y medianos productores de maíz, frijol, sorgo y soya de 20 estados de la República; la Coordinadora Estatal de Productores de Café de Oaxaca, una extensa red de agrupaciones regionales de la entidad que defiende con prestancia a los pequeños huerteros; el activismo obrero en la maquiladora Autotrim, de Matamoros, Tamaulipas, que ha permitido mejorar algunas condiciones laborales; los migrantes zacatecanos organizados en clubes, ejemplo de que la identidad sobrevive al éxodo.

Dejan constancia, por último, de modestas utopías en curso: la empresa social silvícola de El Balcón, en Guerrero, que asociada equitativamente con una compañía norteamericana ha logrado aprovechar el bosque sin destruirlo; la diversidad de actividades entreveradas que hacen de la coordinadora cafetalera oaxaqueña una ejemplar organización polifacética; los nuevos sujetos binacionales que transforman la diáspora en un “migrante colectivo”.

Recuento de experiencias que atrae por la novedad de los contextos. Maquila como ámbito de la nueva clase obrera; multiterritorialidad de los migrantes transfronterizos; “remesas” como clave de la subsistencia en las regiones de expulsión; progresiva privatización de bienes y saberes biológicos que apenas ayer aun eran del común.

Y también seduce por la originalidad de los conflictos y formas de resistencia. Paros y huelgas; marchas, plantones y mítines; tomas de tierras agrícolas, de lotes urbanos y de oficinas públicas; acciones de desobediencia civil, son tácticas entrañables que están pasando a retiro cuando las batallas se libran principalmente en “el mercado y las cortes”, como escribe uno de los ensayistas. Porque, efectivamente, la nueva confrontación social transcurre en territorios antes poco frecuentados y con reglas inéditas: litigios basados en la jurisprudencia ambiental y en los convenios comerciales, cabildeo con el Poder Ejecutivo en torno a políticas públicas y con el Legislativo para crear y modificar leyes, campañas gestadas en la red que se despliegan principalmente en los medios masivos.

Todo mediante alianzas que ya no son locales, regionales o nacionales sino globales. Porque ahora para cualquier cosa hacen falta convergencias planetarias. Como la que hizo posible la liberación de los campesinos ecologistas de Guerrero, cuando les resultó más fácil conseguir apoyo de Greenpeace, Sierra Club, Amnesty International, Rainforest Action Network, The Goldman Foundation, y escalar la primera plana del *New York Times*, que mover la solidaridad de sus pares campesinos de El Balcón, que viven a tiro de piedra.

La mudanza en ámbitos de confrontación y reglas de juego proyecta nuevos protagonistas y saca a otros de la jugada. Dónde quedó la Asociación de Agricultores del Río Fuerte cuando su problema para vender frijol devino batalla legal entre el patentador, Larry Proctor, el importador, Tutuli Produce, y hasta el Centro Internacional de Agricultura Tropical, todo en el contexto de los acuerdos sobre Derechos de Propiedad Intelectual de la Organización Mundial del Comercio. Qué pudo hacer el movimiento ciudadano de Guadalcazar, en el momento en que su oposición al basurero tóxico se

transformó en controversia entre el Estado mexicano y Metalclad, que perdimos nosotros.

Las nuevas batallas se libran en ámbitos bizarros con reglas sofisticadas: ventas agrícolas en el mercado de futuros, litigios donde se esgrimen legislaciones de tratados internacionales, tortuosos cabildeos legislativos, laberintos de la cooperación... Y en esta lid con frecuencia las organizaciones sociales de base son rebasadas por actores más ladinos, mañosos y viajados: los funcionarios de empresas asociativas y sobre todo las omnipresentes ONG.

Novedad grande de los tiempos que corren es la estentórea presencia de la tal “sociedad civil”. Concepto borroso donde se tutean agrupaciones gremiales multitudinarias con asociaciones profesionales que sesionan en un cubículo. El calificado activismo de los “no gubernamentales” es sin duda valioso recurso de resistencia y propuesta. Sin embargo, las experiencias reseñadas en este libro sugieren que en ocasiones su beligerancia puede desplazar a las organizaciones de base a la hora de fijar agenda y prioridades.

Cuando las pugnas de la gleba se libran también por la red, tornándose cada día más librecambistas, leguleyas y mediáticas, es decir etéreas, desterritorializadas y virtuales, es necesario restituir la iniciativa a los actores pesados que antaño llamábamos “de clase”. Urge regresarles las riendas a quienes, pese a todo, aún son los protagonistas mayores de la historia.